



Producción de subjetividad, consumo y consumo problemático. Un análisis de operaciones subjetivas en jóvenes varones que requieren atención en un servicio de atención a las adicciones

Pablo David Barrenengoa

Question/Cuestión, Vol. 2, N° 66, Agosto 2020

ISSNe 1669-6581

<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/index>

IICom-FPyCS-UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e481>

Producción de subjetividad, consumo y consumo problemático. un análisis de operaciones subjetivas en jóvenes varones que requieren atención en un servicio de atención a las adicciones

Production of subjectivity, consumption and problematic consumption. an analysis of subjective operations in young men who require care in an addiction care service

Pablo David Barrenengoa

Facultad de Psicología,

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

pablobarrenengoa@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-8375-1317>

Resumen

El objetivo del presente trabajo es indagar algunas características de los consumos problemáticos juveniles en consonancia con la lógica del consumo en tanto matriz de subjetivación. Con este propósito, se analizarán operaciones subjetivas empleadas por jóvenes que han solicitado asistencia en una red pública de atención del Gran La Plata. Para ello, se realiza un estudio de casos a partir de la técnica de entrevistas en profundidad y relatos de vida. Como hallazgos principales se mencionan la presencia de imperativos hedónicos en los modos de iniciación, la función ritual del consumo y el establecimiento de guiones performativos de actuación. Finalmente, se discuten los resultados a partir de una perspectiva centrada en la dimensión productiva de la subjetividad, trazando relaciones de ubicuidad entre subjetivaciones adictivas y subjetividades consumidoras.

Palabras clave

Consumo, Subjetividad, Juventud, Subjetivación.

Abstract

The objective of this work is to investigate some characteristics of problematic youth consumption in accordance with the logic of consumption as a matrix of subjectivation. For this purpose, subjective operations used by young people who have requested assistance in a public service network in Gran La Plata will be analyzed. For this, a case study is carried out using the technique of in-depth interviews and life stories. The main findings include the presence of hedonic imperatives in the modes of initiation, the ritual function of consumption, and the establishment of performance scripts. Finally, the results are discussed from a

perspective focused on the productive dimension of subjectivity, tracing ubiquitous relationships between addictive subjectivities and consuming subjectivities.

Key Words

Consumption, Subjectivity, Youth, Subjectification.

Introducción

Existe consenso en señalar que asistimos a un período histórico en el que la matriz de subjetivación de las sociedades occidentales ha estado fundamentalmente trazada a partir del consumo. En este sentido, numerosos autores coinciden en señalar las profundas modificaciones que se han operado en los soportes de constitución subjetiva (Lipovetsky, 2000; Badiou, 2000; Bauman, 2007). Según Zygmunt Bauman (2007), nos encontramos en el final de un proceso que produjo el pasaje de una sociedad de productores a una de consumidores. En este marco, la crisis del Estado de Bienestar y sus instituciones nodales como organizadores sociales en los modos de orientar el devenir de las personas, han sido desplazados en forma simbólica y material por la potencia “soberana” del mercado. Algunos autores, han caracterizado como “era de la fluidez” a este proceso de agotamiento de las instituciones tradicionales donde todo lo sólido se desvanece ante el consumo acéfalo de mercancías. (Lewcovicz, 2003; Duschatzky y Corea, 2007),

En consonancia con el avance del consumo como modo de subjetivación central, el crecimiento estrepitoso de los consumos problemáticos de sustancias psicoactivas en las últimas décadas - a la par de la tecnificación y diversificación en la producción, acopio y comercialización de sustancias-

constituyen aspectos difícilmente refutables. Pero lo que resulta central en la perspectiva que aquí adoptaremos es que, no se trata meramente de un aumento estrepitoso, cuantitativo, de prácticas “adictivas”, sino de la instauración cualitativa de un tipo radicalmente nuevo de subjetividad que se ha instituido socialmente y que se diferencia de otros “tipos subjetivos” que han predominado en otros períodos históricos y que permanecen en la actualidad, aunque destituidos (Barrenengoa, 2019). Estas condiciones socioculturales específicas no resultan un escenario de realización que condiciona en exterioridad (lo tradicionalmente descrito como “lo” social), sino que es una red de prácticas que interviene en la constitución misma de los tipos subjetivos reconocibles en una situación sociocultural específica. En otros términos, si se dejan en suspenso los análisis delictivos, jurídicos, psicológicos y médicos, el tipo subjetivo del “joven adicto” existe porque socialmente es posible la subjetividad adictiva, algo que no fue posible en otros momentos históricos independientemente de la disponibilidad de sustancias (Lewcowicz, 1999). La adicción, entonces, es una instancia reconocible universalmente porque la lógica social en la que se constituyen las subjetividades hace posible, -y tal vez necesario – que se desarrollen ese tipo de prácticas. Es decir, no se trata de poner el énfasis aquí en la posibilidad de desarrollo coyuntural de “predisposiciones adictivas” o en los fracasos de la contención del entramado social, familiar y educativo, sino en la constitución misma de esa posibilidad, es decir, una subjetividad amenazada, en su constitución misma, de caer en adicción.

En este contexto, la mirada generacional ha sido un modo de aproximar el análisis sobre procesos más generales, no exclusivos de ninguna franja etaria, pero que en algunos grupos se muestran más opacos (Saintout, 2013;

Vommaro, 2015). En este sentido, este trabajo abre la interrogación sobre algunos efectos biopolíticos de dispositivos productores de juventud, en el que hallamos subjetividades forjadas por atravesamientos múltiples. Así, nos interrogamos por los impasses que el consumo de sustancias introduce, al acompañar procesos de subjetivación más amplios. En este marco, entonces, se interceptan 3 vectores que permiten delimitar nuestro objeto de indagación: la matriz de subjetivación por el consumo, el uso problemático de sustancias psicoactivas, y los procesos vinculados a la producción de juventudes. El objetivo del presente trabajo es indagar algunas características de los consumos problemáticos juveniles en consonancia con la lógica del consumo en tanto matriz de subjetivación. Con este propósito, se analizarán operaciones subjetivas empleadas por jóvenes que han solicitado asistencia en una red pública de atención del Gran La Plata. En esta empresa, se tradujeron estas reflexiones a algunas preguntas que orientaron la presente investigación: ¿Cómo habitan estas condiciones de fluidez los jóvenes que consumen sustancias en forma problemática? ¿Cómo se configuran sus existenciaros? ¿Bajo qué mediaciones y operaciones subjetivas opera en sus sistemas representacionales y discursivos? ¿Cuáles son las nuevas temporalidades, espacialidades, sistemas valorativo-actitudinales de los jóvenes? ¿Cómo se expresan en períodos en los que los consumos se vuelven problemáticos? ¿Qué relaciones pueden establecerse entre las prácticas de consumo que se desprenden de la lógica subjetiva que abona la hegemonía del mercado con el mundo del consumo problemático de sustancias?

Para responder a estos interrogantes se analizarán datos recogidos en una investigación cualitativa realizada con jóvenes varones que solicitaron atención en una red pública de atención a las adicciones durante el año 2017 y 2018. En

la primera sección del artículo se explicitan algunos antecedentes y operadores teóricos utilizados para la delimitación del problema en estudio. En la segunda parte se describe la estrategia metodológica utilizada. En la tercera parte se sistematizan los hallazgos parciales más relevantes, haciendo especial hincapié en los emergentes más relevantes. Por último, en lugar de analizar las historias de los jóvenes desde una mirada centrada en el “déficit”, se discuten algunos hallazgos a partir una perspectiva basada en la dimensión productiva de las subjetividades (Foucault 1988, Guattari y Ronik, 2006, Fernandez, 2013).

1- Consumos problemáticos juveniles y subjetivación

Los cambios en los planos económicos y sociales acaecidos como consecuencia de la expansión de políticas neoliberales en nuestro país, en especial a partir de la crisis económica y política de los años 2001 -2002, han sido acompañados temporalmente con un aumento precipitado del consumo de drogas en el área metropolitana de Buenos Aires (Epele, 2007, Castilla, 2012). En simultaneo, la crisis de instituciones tradicionales como la familia y la escuela, que organizaban ciertos sentidos compartidos, ha traído como corolario el resquebrajamiento de los lazos sociales y redes de contención social que se situaban, en períodos históricos previos, como diques de contención subjetiva y referencia identificatoria. (Lewcowicz, 1999, Hornstein, 2000, 2006). Aun con el mejoramiento de ciertos indicadores económicos y sociales durante la poscrisis de 2001-2002, las condiciones de desigualdad y fragmentación social se cristalizaron en los mapas sociales y territoriales de la región metropolitana de Buenos Aires. Los efectos de estas condiciones socio-

históricas en el tejido social no han sido ajenos a cambios en la modelización y devenir de las subjetividades.

Si partimos del carácter complejo y multidimensional de los consumos problemáticos, resulta una tarea central enunciar la perspectiva desde la cual se analiza el tema en cuestión. Se tendrá en cuenta aquí una perspectiva relacional, donde “la droga o sustancia” existe con el modo de vida en que se inscribe, definiéndose por un sistema social, con rituales culturales y sociales específicos e históricamente situados alrededor del consumo (Castel & Coppel, 1994). Desde este punto de vista, entonces, las drogas de por sí no causan adicción, pues son múltiples las situaciones relatadas por estudios históricos en que circulan sin patologías adictivas. Pero en las condiciones actuales de subjetividad, la subjetividad de consumo puede volverse adictiva y las sustancias amenazan con la adicción. En estas condiciones, las drogas producen adictos, pues llevan al extremo el germen del consumo incubado en la era contemporánea.

Por otra parte, las subjetividades juveniles son abordadas como un nudo privilegiado para examinar de qué modo se manifiesta y entrecruzan los consumos problemáticos y los avatares del “ser joven”, tanto en sus trayectorias previas, en su modo de estructurar el presente y de configurar sus proyectos de vida (Chavez, 2005). En tal sentido, aquello que hoy conocemos como “juventud” dista de ser una noción natural o autoexplicativa. Así, los procesos de devenir joven conforman complejo bio-psico-social en el cual las transformaciones corporales y el acceso a la vida adulta asumen diversas significaciones en distintos espacios y momentos históricos (Margulis & Urresti, 1996; Reguillo, 2000; Dayrell Juarez, 2002; Chaves, 2005; Capriati, 2013). Advertir la dimensión social, histórica, cultural, situada y relacional de las

juventudes implica pensar, entonces, en términos de su producción (Vommaro, 2014).

La mirada generacional sobre los consumos problemáticos nos permite abrir puertas para ver procesos más generales, no exclusivos de la juventud, pero que en otros grupos se muestran más opacos (Vommaro, 2015). Así, nos interrogamos por algunos impasses que el consumo de sustancias introduce, al acompañar procesos de subjetivación más amplios. Como señala Vommaro (2015), las generaciones juveniles no pueden ser consideradas como una mera cohorte, puesto que la sola contemporaneidad cronológica no es suficiente para definir una generación. La idea de generación “remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado” (Margulis & Urresti, 1996, p. 26). Lewkowicz (2003) señala que, sin embargo, una generación tampoco puede comprenderse sólo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que para constituirse subjetivamente como tal, debe poner en juego criterios de identificación común entre sujetos que comparten un problema. Allí, la consideración de las rupturas y continuidades resulta clave. El vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura, a partir de la cual se crean mecanismos de identificación y reconocimiento en tanto parte constitutiva de un nosotros (Lewkowicz, 2003). Desde una mirada centrada en la historia de la subjetividad, Lewkowicz señala: [...] en la fluidez todo acontece por primera vez. [...] Si algo ya pasó dos veces entonces ésta es la primera vez que eso pasa por tercera vez: en tanto que tercera, es la primera vez que pasa. Siempre hay una experiencia inaugural. En este sentido, una segunda generación que se piensa a sí misma como segunda es muy difícil que se constituya como generación. [...] Uno puede constituirse

apropiándose de lo heredado. Sólo apropiándose de lo heredado uno puede constituirse. Ahora, ¿basta con sólo apropiarse de lo heredado para constituirse? (Lewcovicz, 2003 p.4)

Una generación, entonces, no es aquello ligado directamente a la edad de los individuos, sino algo que se configura cuando se tienen problemas en común que se expresan en una experiencia alteradora, y en ese sentido, las generaciones se caracterizan, también, por sus movimientos de ruptura:

[...] una generación se constituye cuando el patrimonio legado se disuelve ante el embate de las circunstancias. Un saber transmitido se revela insolvente. Tenemos un problema: de esto no se sabe. Si nos constituimos subjetivamente como agentes de lo problemático del problema, advenimos como generación” (Lewkowicz, 2003, p. 4).

Una generación, entonces, no puede ser el mero despliegue de un saber contenido en una generación previa, en la medida en que las condiciones de subjetivación contemporánea producen subjetividades cualitativamente distintas para ser habitadas. En tal sentido, una generación se constituye como tal cuando se conforman constelaciones de sentidos y sensibilidades novedosas, no reductibles a la transmisión de saberes y experiencias previas. Las condiciones de fluidez mencionadas en que se desenvuelven los jóvenes (no exclusivamente) han propiciado la construcción de espacios de sociabilidad y construcción identitaria basadas en relaciones horizontales, entre pares. Mientras tanto se mantiene una conflictiva relación entre estas instituciones estalladas (Fernández, 1999) y el modo en que los jóvenes se relacionan con ellas, en la medida en que las valoraciones tradicionales parecen asintóticas en relación a sus aspiraciones y anhelos. Así, por ejemplo, Duschatzky y Corea (2007) mencionan espacios de sociabilidad juvenil situados en los márgenes

del mundo escolar y familiar: el choreo (robo), el consumo, el faneo (drogarse), entre otros. Se trata de modos específicos en los que acontecen prácticas y códigos que buscan generar una legalidad propia, en la que se deja en suspenso el mundo adulto y sus instituciones. El uso de sustancias, en particular, forma parte de uno de los ingredientes frecuentes en estos escenarios y experiencias sociales de los jóvenes.

En un contexto de destitución de los discursos de autoridad sobre el devenir juvenil, el consumo de sustancias es un elemento harto frecuente, que acompaña los ritos de pasaje, sus círculos de sociabilidad y diversos escenarios de constitución subjetiva. Entre ellos, resulta relevante pensar en algunos efectos en las temporalidades, espacios, sus procesos identificatorios, grupos de pares y ritos de iniciación.

Desde una primera mirada, los rastros o indicadores de factores que pueden incidir en la configuración de consumos problemáticos pueden advertirse en algunos datos contrastables y suficientemente descriptos por la bibliografía: disponibilidad de sustancias, el consumo recreativo, los grupos de pares, una cultura hedónica y consumista, el avance del narcotráfico, entre muchos otros. (Moral Jimenez, 2008, García del Castillo, et al. 2013). Estos datos reconstruyen algunas de las múltiples aristas implicadas en casos de consumos problemáticos a nivel macro social, micro social e individual, pero no hablan de los sujetos, sus modos de significación, de las operaciones subjetivas puestas en juego, del impacto en sus relaciones sociales y sus valoraciones construidas. (Duschatzky & Corea, 2007).

Si los procesos de subjetivación conllevan desplazamientos, movimientos y operaciones nómades (Deleuze & Guattari, 1995) a partir de las cuales se deviene sujeto, nos preguntamos aquí sobre el rol que el consumo de

sustancias ocupa en esas dinámicas de modelización subjetiva. A partir de estos antecedentes y premisas, la pregunta de esta investigación se sitúa en el cruce entre los modos de subjetivación juvenil y trayectorias de consumos problemáticos.

2- Estrategia metodológica:

Atendiendo a la importancia de construir un diseño metodológico que posea coherencia y cohesión con las preguntas de investigación, se reflexionó sobre los modos que permitan aproximarnos a ellas que permitan recuperar los matices de lo vivenciado subjetivamente. Por tal motivo, se construyó un abordaje metodológico que permitiese aprehender las dimensiones cualitativas de estas experiencias (Vasilachis de Gialdino, 1992; Minayo, 2009). Desde un punto de vista epistemológico, diremos entonces que, más que descubrir las subjetividades de los sujetos entrevistados, nos hemos propuesto producir conocimiento sobre ellas, atendiendo al rol hermenéutico, no solo del investigador, sino también de los propios actores. (Vasilachis de Gialdino, 1992). Nuestro universo estuvo constituido por los jóvenes que han establecido contacto con instituciones de salud, con el fin de recibir asistencia ante situaciones críticas de consumos compulsivos de sustancias psicoactivas. De sus experiencias, se han privilegiado las interpretaciones y reinterpretaciones que los jóvenes realizan sobre ellas, a partir de la construcción de relatos en el marco de sucesivas entrevistas.

Por lo expuesto, se ha optado por realizar un estudio de casos. Se trata de un abordaje que se propone centrar la atención en un número limitado de situaciones, para poder ser comprendidas en profundidad, en situaciones y circunstancias específicas (Schwandt, 1997). Así, se realiza un recorte

empírico parcial, a los fines de poder aproximarse en profundidad a un tema más amplio de investigación. Se ha escogido el diseño de múltiples casos, que nos permite, a su vez, realizar un análisis inter-caso. Teniendo en cuenta las aclaraciones establecidas por Yin (1994), debido a que no se trata de una muestra representativa sobre la cual se puedan establecer generalizaciones al resto de la población, el propósito de los casos escogidos es arrojar luz sobre un tema en particular. En este sentido, se pretendió establecer cierta “generalización analítica” (Arzaluz Soriano, 2005), en la que los conceptos utilizados por los sujetos de estudio y las herramientas teóricas del investigador, fueron instrumentados como patrón con el cual se comparan los resultados empíricos del estudio de caso.

Los criterios de selección de los jóvenes fueron que los pacientes estén transitando actualmente tratamiento en la comunidad terapéutica, la aceptación del consentimiento informado y tener entre 18 y 30 años de edad. Además de lo mencionado hasta el momento, el criterio de selección y muestreo estuvo determinado por la plausibilidad y accesibilidad a los jóvenes. Esta pauta de selección fue un primer “filtro”, establecido por una de las psicólogas del centro de atención, que acompañó y asesoró al investigador en la búsqueda de casos que accedieran voluntariamente a participar del estudio y que prestasen su tiempo y dedicación en la participación de una serie de entrevistas.

Para operacionalizar las preguntas de investigación se tomaron como punto de partida la utilización de relatos de vida en tanto técnica de producción y análisis de la información (Denzin, 1989; Sautu, 1999; LeclercOlive, 2009; Di Leo et al., 2011; Kornblit, 2010). El desafío que propone esta técnica radica en vincular la experiencia, única e individual de un sujeto, con el contexto social, para

comprender los sentidos de la experiencia y los procesos sociales que en ella se desenvuelven (Kornblit, 2010).

Se entrevistaron a un total de 9 jóvenes que habían solicitado internación, algunos de ellos provenientes de sectores medios y otros de sectores con mayor grado de vulneración socioeconómica. Los datos recabados en las entrevistas en profundidad se sistematizaron para su posterior análisis en matrices de significación organizadas en función de las siguientes áreas temáticas (amplias y generales): motivo de inicio, características de sus redes sociales y contención (otros significativos), autopercepción (representaciones de sí mismo) y proyección a futuro.

Finalmente, para el análisis se cruzaron áreas y se construyeron categorías con los resultados más relevantes teniendo en cuenta los objetivos de la investigación. Cada nivel temático descompuesto, entonces, se analizó verticalmente (en la misma narración) y horizontalmente (en relación con las otras historias de vida), comprendiendo un análisis global del problema estudiado.

3- Hallazgos

Como hemos mencionado, hemos decidido centrar nuestra atención en aquellas dimensiones “productivas” de la subjetividad pasibles de ser leídas en las reconstrucciones biográficas realizadas por los sujetos entrevistados. Pensar en producción y no en subjetividad, requiere una lógica con verbos; porque estamos aludiendo a un movimiento, a un hacer maquínico, a una multiplicidad de operaciones que llamamos subjetividad. Se trata de poder situar los organizadores de sentido y operaciones prácticas por las que se

conectan los seres humanos y las cosas, los seres humanos con los otros, con lo otro (Hupert, 2005; Bozzolo, 2011).

Sobre el imperativo hedónico y los modos de iniciación

En los consumos inicialmente recreativos, los modos de iniciación aparecen fuertemente ligados a la pertenencia a un grupo y a la demostración de signos de masculinidad, algunos de ellos asociados al valor y al coraje. De tal modo, se dejan entrever algunos imperativos que modalizan la inserción en los circuitos de consumo. Aparecen, en este sentido, exigencias que pueden resultar opacas a la mirada externa, pero que son impuestas a quienes aspiran a pertenecer y ser miembros legítimos de un grupo determinado. Las mismas, dictan cómo hay que ser y parecer para lograr aceptación, para ser miembro “competente”, qué formas de reclutamiento y socialización se ejercen en esos agrupamientos que nacen en los intersticios de la casa y la calle y crean cierta cultura juvenil. En la misma no existen homogeneidades, aunque aparece connotado como algo positivo la idea de transitar experiencias en las que se sienten desbordados por la euforia. El “estar re loco”, “andar de caravana” se enuncia a partir de la oposición con el “estar careta”. “Estar re loco”, “limado”, “estar arriba” se insinúa como un modo de subjetivación que ensalza el exceso, en oposición a cierto amoldamiento pasivo a normas sociales que implica “estar limpio”. La búsqueda está en la continuidad del efecto psicoactivo logrado. Estar re loco no implica ausencia de racionalidad. Se erige como racionalidad hedonista que funciona como mandato, que legitima un complejo conjunto de prácticas que se inician en el plano recreativo. En algunos casos, las sustancias aparecen como suplemento que potencia y prolonga el disfrute del tiempo compartido.

Pero el hedonismo dista de ser el único imperativo que subyace en los primeros consumos. En los casos de algunos jóvenes cuyas trayectorias de vida se enlazan a ciertos circuitos de ilegalidad, se condensan la lógica de la pandilla y prácticas delictivas, generalmente robos, que acompañadas por alcohol y pastillas producen, según los relatos, un efecto muy particular. Aparecen aquí, producciones subjetivas que realzan el placer del enfrentamiento y de estar en situaciones adrenalínicas. No se trata de un placer corporal, ni de la satisfacción alucinatoria de drogas como la pasta base de cocaína. El cóctel de pastillas y alcohol aparece asociado en los relatos a despliegues de orden delictivo, donde la inmersión en situaciones de riesgo correlativas al sentimiento de omnipotencia, es tolerada a condición de estar bajo su efecto. El imperativo se vehiculiza en la realización de una hazaña que no da tiempo para volver atrás. Una hazaña sin tribuna, pues el peso de la amnesia deja poco lugar para las anécdotas y poco lugar para los interlocutores.

Fabricio, sobre su consumo, relata:

No era yo, viste cuando decís... cualquier tipo te va a decir: "no, si yo las controlo, a mi no me manejan las pastillas, las manejo yo", es mentira siempre te controló la sustancia y lo que te pide es mucho alcohol. No te importaba chocar con 20 monos, no te importaba chocar con nadie. Venían los pibes y decían: "vamos a hacer esto" si vamos, no sos vos; te agarrás a las piñas y te podes caer 20 mil veces, te pueden dar 25 patadas que te vas a levantar, eso te lo puedo asegurar que te vas a levantar.

Aparece entonces cierta búsqueda de adrenalina como confirmación y reafirmación de la propia existencia justamente en situaciones donde la misma se pone en riesgo. Los sujetos se exponen a un conjunto de situaciones que, en

muchas ocasiones, caen bajo la amnesia luego de haberlas experimentado. Por otra parte, Gonzalo, quien se identifica y define como “chorro”, relata aquellos estadios vinculados a cierta ausencia de diques anímicos y morales. Tomado por el cóctel a base de pastillas, aparece la dimensión de la maldad y la ausencia de culpa o vergüenza en algunos de raid delictivos que protagonizaba bajo su efecto.

Cuando conocí las pastillas, el Rivotril, ahí ya era diferente porque me pintaba el maldito, el dañino, el rastrero, lo que podía robar robaba y terminaba todo golpeado, con banda de plata y no sabía de qué era, con motos robadas dentro de mi casa; le había perdido el respeto a mi familia, andaba enfierrado. Cuando ya estaba detenido y le digo a los pibes que no tomen esa mugre porque es antichorra, porque te lleva preso, te cagan a palos, se complica, te cagan a palos los vecinos, el chabón al que le quisiste robar, quedas todo lastimado, golpeado y otra que cuando me rescate estaba preso.

El ciclo del imperativo podría resumirse en una serie de fases. En primer lugar, se nota cierta euforia inicial a partir del cóctel mencionado, un crescendo jovial que, de modo insidioso y continuo se va volviendo oscuro. La oscuridad reside en una especie de irascibilidad y deseo de hacer “daño”. Se presenta una fuerza que escapa al gobierno del sí mismo, una fuerza que narra cómo acéfala e irreversible al mismo tiempo. Pero el momento en que las pastillas empiezan a fallar aparece cierta vergüenza, cansancio. Ahora sí, la contracara del pharmakon que encierra la paradoja oculta desde su gestación. Aquí, se atenúa o abandona el consumo en cuestión, a la búsqueda de un nuevo estimulante o anestésico, que lleve hacia otros lares, donde la realidad no duela tanto.

Consumo como rito de iniciación

En la iniciación en el consumo que los jóvenes relatan, encontramos una función ritual desempeñada por sus grupos de pares, en la medida en que inauguran algo del orden del pasaje de un estado a otro. En muchos de ellos, este tránsito se da en el marco de una salida precoz respecto de la supervisión y acompañamiento adulto. El consumo de sustancias en el contexto del grupo de pares, establece un conjunto de pautas y códigos de pertenencia que crean marcas subjetivas como efecto de los ritos de iniciación. El grado de masculinidad, aguante y pertenencia se dirime en relación a la participación en estas prácticas de ritualización colectiva. Las mismas ofician de pivote entre el mundo infantil y otro que se imagina como autónomo y libre. La permeabilidad a estas normas parece residir en la ausencia o en la suspensión temporal del rol de las figuras de autoridad y en la posibilidad de entablar una integración a un consumo que, inicialmente, es mágico, eufórico y socializado. Quizás resida en aquella misma ausencia o suspensión temporal, la dificultad de estas prácticas para establecer marcas estructurantes. Por el contrario, los rituales se disuelven en la inmediatez. Constituyen reglas contractuales lábiles y precarias, en las que no hay obligaciones ni marcos de reciprocidad estables.

Pese a que los primeros consumos se desarrollaron ligando e inscribiendo a los jóvenes a un grupo, los relatos dieron cuenta de una sumatoria de “fiestas individuales”, en las que cada uno explora sobre sí mismo y con el otro –en calidad de espejo– los primeros efectos de las sustancias. Podemos decir que, ante la falta de rituales que ofician de enclave simbólico, el inicio del consumo de sustancias en nuestros jóvenes aparece como un modo de ritualizar el pasaje de la infancia al mundo de las libertades adultas. Esta nueva experiencia de sí mismos necesita de los otros, requiere estar entre los otros,

pero, paradójicamente, los desgaja de los otros. La precariedad subjetiva de estos proyectos o iniciativas compartidas en este hacer con los otros se emparenta con lo que Fernández (2013) describió como “urgencia de satisfacción”. En relación a esto, estas temporalidades subjetivas abonan una lógica de pasar por una experiencia novedosa a como dé lugar, persiguiendo el vértigo y la acumulación de experiencias, vinculada al zapping televisivo. En ella, el factor activo está en el objeto que se consume, más que en el sujeto consumidor.

Aún en aquellos momentos iniciales en los que el consumo de sustancias no organiza toda la vida de los jóvenes, advertimos que la necesidad de tener experiencias nuevas se emparenta íntimamente con la experiencia del riesgo y desborde. Se trata más de experimentar, que de tener experiencias. La novedad del “experimento” radica en la artificialidad con la que se interviene el propio cuerpo y los efectos concomitantes. Las experiencias que apelan al factor ilusional o a la capacidad para entusiasmarse con proyectos individuales o colectivos parecen seriamente lesionados. En el inicio de las trayectorias de consumo, entonces, se instalan modalidades subjetivas que abrevian o anulan la demora que el recorrido por cualquier proyecto requiere. Carlos, otro de los jóvenes entrevistados, comentaba “... *Yo quería ser como el viejo de la esquina, que tiene pibes que afanan para él...*”. En este sentido, los proyectos de atravesar la escolaridad o encontrar un trabajo carecen de atractivo. La búsqueda de sensaciones nuevas o diferentes a partir del tóxico prescinde del atravesamiento de las peripecias de las relaciones con otros y de la confrontación con barreras materiales o simbólicas.

En aquellos jóvenes que relatan los períodos de “gira”, los vínculos se fundan a partir de dos o tres personas que se convierten en sus vínculos próximos;

también establecen vínculos ocasionales y/o oportunistas con los “transas” o vendedores locales a pequeña escala de drogas. Se trata de redes frágiles y volátiles, en los que la desconfianza y cierto individualismo organizan las transacciones. Estos vínculos aceleran los procesos de exposición a peligros, enfermedades, daños y lesiones. A diferencia de lo relevado por Bourgois (2010) para el consumo de crack, los usuarios de pasta base entrevistados no conciben estos vínculos como estructurantes de una comunidad de adictos erigida sobre la base de una economía moral del compartir (Epele, 2010). Por el contrario, impera cierto individualismo hedónico en tanto capacidad de poseer y administrar el “capital” de drogas. Precisamente, en la ruptura respecto de los espacios de consumo compartido y recreativo podemos encontrar cierto clivaje histórico-biográfico en la función que desempeñan las sustancias.

Por último, en la reconstrucción del rol desempeñado por el grupo de pares, es recurrente la dicotomía que establecen entre “amigos de la droga” y “amigos de verdad”. En este punto, instalan que en la medida en que los consumos se hacen cada vez más frecuentes, lógicamente es necesario primero conseguir y tener para consumir. Aquí, surge la figura del amigo “interesado”, quien lo frecuenta para sacarle algo, que está con él solo porque tiene. El “tener”, desencadena, en los “amigos de la droga”, cierto efecto centrípeto, que además de aglutinar personas a su alrededor, exaltan el lugar de quien posee, otorgándole prestigio y centralidad.

Un guión performativo de actuación

En los sujetos entrevistados, el consumo se convierte silenciosamente en el rasgo paradójico en el que se encuentra un sentido, una preocupación, un eje

organizador de la vida que organiza el tiempo (antes, durante y después de consumir, todo lo demás se ajusta a eso) y el espacio (al principio en el barrio, la banda, la junta, luego generalmente en soledad). Francisco, recuerda que:

Más allá de sentir placer al consumir, me gustaba porque se convierte en un estilo de que tu mundo es querer consumir todos los días, es tu preocupación desde que te levantas hasta que te dormís es querer consumir, es el único problema que tenía yo.

Los sujetos organizan una vida en torno a las prácticas de consumo. Ella se acopla a cierto guión de la cultura actual que le ofrece una serie de escenas codificadas, de etapas y discursos, de argumentos y sentimientos que, desplegados por turno organizan la vida paradigmática de El Adicto

Por otra parte, la incapacidad de nominar y sancionar los propios hábitos de consumo como problemáticos en períodos iniciales es una constante en los casos analizados. Justamente, es la cualidad de omnipotencia y lazo con sus pares, además del éxito provisorio de los efectos psicoactivos, lo que les otorga cierto espacio para que el nivel de consumo progrese en forma insidiosa, sin que aparezca en primer plano la dimensión del sufrimiento o del consumo como problema. Por lo tanto, en los casos analizados, el consumo comienza a ser un problema en primer lugar para sus otros significativos, y solo más tarde, en función de coyunturas específicas, puede ser denotado como tal por los propios sujetos.

La vida organizada por el consumo implica la construcción de una rutina en la que se hace necesario establecer modos de comprar, acumular, vender, consumir, coimear, robar, retacear. Se transforman en emprendedores de su propio goce, al tiempo en que se sumergen en una dinámica de ilegalidad que los confronta con la policía y otros consumidores. La vida social en el espacio

público, pasa a ser, en verdad el epifenómeno de una dinámica oculta que sólo comprenden en profundidad quienes conocen su código y reglas de intercambio. A través de ella se transforman los lazos sociales, re-organizados por el intercambio de mercancías. Salir de ese circuito se torna cada vez más difícil habiendo dinamitado una buena parte de sus relaciones familiares y amistades. En fases de absoluta desregulación, los jóvenes narran experiencias en las que la sed por intoxicarse va más allá del tipo de sustancia. Lo importante es consumir, alterar la percepción y las sensaciones sobre la realidad. Se antepone la lógica de consumo a la sustancia.

4- Discusión

Este trabajo se propuso indagar nuevas modalidades de subjetivación juvenil que se dan en el marco de procesos de destitución y transformación más amplios (en la escuela, la familia, el Estado). En esta línea se pone énfasis en la dimensión productiva de la subjetividad y sus operaciones fundantes, en lugar de pensar las nuevas formas de sufrimiento psíquico (en este caso los consumos problemáticos) en términos de falta o déficit. En cuanto al análisis de las operaciones subjetivas puestas en juego por los jóvenes que requieren asistencia por consumos problemáticos, hemos remarcado la importancia de, pensar en las operaciones y condiciones que la producen, por fuera de cosmovisiones normativizantes. Desde la perspectiva aquí adoptada, pensar en términos de subjetividad adictiva, tampoco supone poner el acento en la posibilidad de desarrollo coyuntural de “predisposiciones adictivas” o en los fracasos de la contención del entramado social, familiar y educativo, sino en la constitución misma de esa posibilidad, es decir, una subjetividad amenazada, en su constitución misma, de caer en adicción (Lewcowicz, 1999). Con esta

afirmación no hemos pretendido en absoluto deslindar nuestro interés del análisis de los dramas existenciales, familiares y sociales presentes en el mundo de los consumos problemáticos, sino más bien, señalar las condiciones de subjetivación que hacen posible que estos dramas puedan habilitar la escena adictiva.

Nuestra casuística ofrece ilustraciones del pasaje de subjetivaciones que, independientemente del acceso a los bienes de consumo, se organizan a través de él. El consumo se monta como una estructura por su capacidad de construir significados. La misma está dada por su poder de ligazón a un sistema de creencias y sensibilidades que se revelan como una matriz de subjetivación casi omnipresente en el mundo occidental judeo-cristiano. Cuando uno de los jóvenes comenta que le gustaba consumir porque era una manera de “tener lo mío”, sitúa la capacidad de posesión como un modo de ser que lo libera y a su vez, define. El consumo se presenta como la promesa de libertad en la que, paradójicamente, algunos jóvenes se esclavizan hasta arruinarse. Pero lo más importante de todo, quizás sea, esencialmente, todo el guion de actuación que se monta a partir de querer tener. Aquí registramos etapas, sucesiones, códigos, argumentos y discursos que se despliegan situacionalmente y que “producen” al joven como adicto. La práctica del consumo produce una estructuración psíquica que privilegia la obtención de un placer efímero y trivial, desechable, exitista. En tal sentido, resultan sugerentes trabajos como los de Sica (2013), que sitúan a los consumos de sustancias solo como un modo de expresión de un conjunto más amplio de “patologías del consumo”, en tanto producciones del mercado.

En las historias aquí analizadas, el consumo aparece como algo vital, que reafirma y disuelve la existencia. El consumo como una micropolítica de

subjetivación que compone y descompone situaciones, que opera al compás de la inserción y la desinserción. Consumir promete una satisfacción no reglada por la espera. No interesa convertirse en buen alumno, ni ser el empleado del mes. En sus fases de inserción, consumir produce una nueva emocionalidad, que cataliza modos de insubordinarse frente a lo establecido, frente a aquello que estigmatiza, criminaliza y patologiza. Consumir se vive como una grieta de liberación respecto a referencias que ya no conservan valor estructurante. También es vivir bajo el riesgo de morir bajo esas propias reglas.

Lejos de vivenciarlo en términos de déficit, los jóvenes narran potencias indomables: se enfrentan a la policía o al transa, negocian, recaudan, compran, convidan a propios y ajenos, consumen. Paulatinamente, lo recreativo se degrada cuando la fiesta ya no es tal, cuando el dolor surca hondo, cuando se apuesta a perder. Las hazañas y escenas que relatan no articulan pasado y futuro. Se trata de un devenir no reglado, de una temporalidad sin tiempo. Si en la era de la fluidez todo acontece por primera vez, la intermitencia de los efectos tóxicos produce subjetividades que quedan sin anclas firmes, sobre las que se dibuja el naufragio.

Por otra parte, es posible recuperar de los relatos de los jóvenes una multiplicidad de emergentes pasibles de ser leídos en clave biopolítica. En las historias analizadas, parece que el drama adictivo no es una mera respuesta a la necesidad de lidiar con instituciones alienantes y disciplinarias. El drama adictivo se confronta con un mapa borroso, de destituciones en distintos planos, que dificultan la posibilidad de componer el propio mundo sin des-subjetivarse ante dispositivos que construyen el propio destino. Allí, articulamos lo molar y lo molecular. Lo biopolítico obliga al poder a desdoblarse en dispositivos a la vez “complementarios” y se expresan, en la actualidad, por

una “transcendencia inmanente”, es decir una integración del biopoder y del poder soberano (Lazzarato, 2000). En efecto, algunas trayectorias juveniles analizadas atraviesan dispositivos familiares, educativos, laborales, policiales, sanitarios que tempranamente los sitúan en los márgenes. Correlativamente, estar en los márgenes produce subjetividades compatibles con la idea del “niño problema”, “alumno problema”, “vago”, “chorro”, “enfermo”, “joven peligroso”: adicto. Subjetividades que se tejen en una trayectoria leída en términos retrospectivos. Desde luego, lo marginal no es condición necesaria. Situamos la matriz de la subjetividad adictiva como aquello que lleva al extremo lo contenido en el nuevo soporte social de la época: la subjetividad consumidora. El consumo libera, en la medida en que promete una satisfacción que no exige rodeos, ni sostener la existencia en la dimensión de la promesa. Pero el consumo encierra, en la medida en que construye una lógica que aísla, precariza o re-precарiza (Butler, 2017). Somete a la vida propia al tránsito por otros dispositivos, crudos, patologizantes, criminalizantes. La liberación se transforma en una nueva ficción, en la medida en que los efectos de poder del que se escabullen, se re-encuentran en otros dispositivos: los del narcotráfico, los policiales, los de las comunidades terapéuticas.

Por último, en cuanto a las dimensiones temporo-espaciales, señalamos cierta pregnancia de la inmediatez y la euforización concomitante. El enquistamiento del recurso al consumo de sustancias como modo de intervenir artificialmente el cuerpo, produce subjetivamente un tiempo que se disuelve en la instantaneidad. Se produce la preeminencia de lo sensorial, pasado y futuro se fusionan. De este modo, todo cae en un agujero que no engancha, que no establece lazo ni marca. Tal vez no sea casualidad que, por este mismo motivo, suele haber una gran amnesia cuando las giras terminan. Las giras

suspenden temporalmente el registro de lo familiar, del lazo afectivo y del compromiso en sus múltiples sentidos. Durante estos períodos se produce una subjetividad desafectivizada. No se subjetivan las sucesivas pérdidas ni los daños que van surcando la relación con sus otros significativos. Fernández (2013) ha denominado “lógicas del instante” a esos procedimientos que establecen ciertas configuraciones subjetivas y ciertas modalidades de lazo social en las que se clausuran, obturan o arrasan las condiciones de posibilidad de una “lógica de anticipación” (Fernández, 2013). Frente a la necesidad de dar respuesta a la urgencia de satisfacción, se disuelve la espera y se configura un territorio subjetivo que se repliega sobre sí mismo, a condición de reducir los intersticios por los que los otros significativos puedan aproximarse.

Podríamos afirmar que, en esas condiciones, lo adictivo parece como una operación subjetiva paradójicamente “adaptativa”. Durante la “lógica del compartir”, es adaptativa antes de ser adictiva, pues facilita el lazo social en el contexto de los grupos de pares. En segunda instancia, permite evadir emociones penosas o afrontar situaciones difíciles de tolerar, además de ser un organizador del sentido de una vida: estructura un libreto alrededor de la logística implicada en el consumo. Se trata de una modalidad subjetiva que puede comenzar como una diversión, pero que se calcifica como respuesta al malestar, osificando un modo de solución a partir del tóxico. Así, no se acciona sobre lo que produce dolor, ni se lo interroga. Se lo anula rápidamente. De allí, su eficacia, siempre paradójal. La lógica que instaure este modo de anulación se emparenta con la del todo o nada. Hay intolerancia a la espera y ausencia de historización por arrebatamiento de la experiencia (Agamben, 2007; Lewkowicz, 1999) ante la presión de los objetos nuevos que deben consumirse.

En esta investigación, observamos que lo problemático de estos consumos, se da tanto en períodos iniciales, debido a la exposición a riesgos, como en estadios posteriores, en los que la vida comienza a organizarse en torno al consumo. Pero el problema no radica esencialmente en la toxicidad de lo que se consume, sino en que los jóvenes abandonan paulatinamente la capacidad de entusiasmo, sumado a la carencia de vínculos o redes sociales de contención y apoyo que los ayuden a recuperarla de otra manera. En nuestros jóvenes, lo opuesto a la adicción entonces no sería la sobriedad, sino más bien la presencia de vínculos.

Comentarios finales

Hemos procurado aproximar nuestro entendimiento a algunos procesos de subjetivación juvenil que sitúan al consumo y al consumo de sustancias en una relación de ubicuidad.

Vinculamos los consumos de sustancias con la práctica social del consumo en general, en tanto matriz de subjetivación contemporánea. Asistimos a una época en la que el consumo, a secas, es problemático. Si la fetichización de la mercancía descrita por Marx implica que se hace parecer una relación entre cosas lo que son, en realidad, modos de relación entre personas, cabe mantener abierta la pregunta sobre qué implica esta afirmación en el mundo de la adicción. La noción de consumos problemáticos aquí adoptada ha tenido la intencionalidad de desmitificar el valor atribuido a la sustancia y poner en el centro de la escena al modo de construcción de subjetividad consumidora, signada por el consumo vertiginoso y acéfalo de mercancías. Allí encontramos la matriz sobre la que se genera las condiciones de posibilidad para el montaje de la subjetividad adictiva.

Bibliografía

- Arzaluz Solano, S. (2005). La utilización del estudio de caso en el análisis local. *Región y sociedad*, 17(32), 107-144.
- Badiou, A. (2000). El siglo. Buenos Aires: Manantial.
- Barrenengoa, P. D. (2019). *Consumos problemáticos juveniles, trayectorias y subjetividades* (Doctoral dissertation, Universidad Nacional de La Plata).
- Bauman Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.
- Bauman, Z. (2007). Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores.
- Bozzolo R. (2008) El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones 1°ed.-Buenos Aires: Biblios
- Bozzolo, R. (2011). Nuevas armas para pensar los procesos de subjetivación. Publicado por Revista AAPPG, Buenos Aires.
- Bourgois, P. & Schonberg J. (2010). *Righteous Dopefriend*. California, California Series in Public Anthropology.
- Capriati, A. J. (2013) Jóvenes y vulnerabilidad. Notas sobre trayectorias y proyectos de vida. Disponible en: http://actacientifica.servicioit.cl/biblioteca/gt/GT22/GT22_Capriati.pdf
- Castel, R. & Coppel, A. (1994). Los controles de la toxicomanía. En A. Ehrenberg (comp.) Individuos bajo influencia. Drogas, alcoholes, medicamentos psicotrópicos. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Castilla, M.V., Olsen, M. C., Epele, M.E. (2012) Dinámicas familiares, prácticas de cuidado y resolución de problemas asociados al consumo

intensivo de pasta base/paco en Buenos Aires , Argentina. *Antipod. Revista de Antropología y Arqueología N° 14*, Bogotá.

- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última Década*, 23, 9-32.
- Chaves, M. (2010). Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana. Buenos Aires: Espacio.
- Dayrell Juarez, T. (2002). O rap e o funk na socialização da juventude. *Educação e Pesquisa*, Janeiro/junho, 18, 117-136.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1995). *Conversaciones 1972-1990*. Pre Textos, Valencia.
- Denzin, N. K. (1989) *Interpretive biography*. California. SAGE.
- Di Leo, P. F. et al. (2011). Procesos de individuación y relatos biográficos: articulaciones y potencialidades para el abordaje de experiencias juveniles en el campo de la promoción de la salud. En: IX Jornadas de Sociología - Pre ALAS Recife, Facultad de Ciencias Sociales (UBA). CABA, 1-15.
- Duschatzky, S. & Corea, C. (2007) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós
- Epele, M. (2007) La lógica de la sospecha. Sobre criminalización del uso de drogas, complot y barreras de acceso al sistema de salud. En *Cuadernos de Antropología Social N° 25*, pp. 151–168, 2007. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. ISSN: 0327-3776
- Fernández, A.M. (1999). Los géneros al desnudo: subjetividad, poder y Psicoanálisis.

- Fernández, A. M. (2013) Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Psicología*, 50(3), 3-20.
- García del Castillo J.; García del Castillo-López, A. Gázquez, Pertusa M. y Marzo Campos, J.C. (2013) La inteligencia emocional como estrategia de prevención de las adicciones © *Health and Addictions* 2013 ISSN 1578-5319 ISSN e 1988-205X Vol. 13, No.2, 89-97.
- Guattari, F.& Rolnik S. (2006) *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Edición Traficantes de sueños. Madrid, 2006.
- Hornstein, L. N. (2000). Autoestima, identidad, alteridad. *Editorial Paidós. Buenos Aires*.
- Hupert P. (2008) Sujeto sin subjetividad. Deslindes contemporáneos. En www.pablohupert.com.ar
- Kornblit, A.L., Camarotti, A.C., Di Leo, P. (2011) Prevención del consumo problemático de drogas. Módulos teóricos y actividades complementarias de ejercitación y trabajo en el aula, Ministerio de Educación de la Nación - Instituto de ILugar: Buenos Aires; Año: 2011; pp. 10-14
- Lazzarato, M. (2000) *Del biopoder a la biopolítica*. Traducción castellana de Du biopouvoir à la biopolitique, *Revista Multitudes* 1, mars 2000, 1.
- Leclerc-Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. En *Iberofórum*. 8 (IV), p.1-39.
- Lewkowicz, I. (1999) “*Subjetividad adictiva: un tipo psicosocial instituido. Condiciones históricas de posibilidad*” en Dobon, Juan y Hurtado,

- Gustavo (compiladores) Las drogas en el siglo...¿que viene?..., Ediciones FAC, Buenos Aires. Págs. 91 a 107.
- Lewkowicz, I. (2003). Suceso, situación, acontecimiento. *Charla en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Universidad de Buenos Aires*.
 - Lipovetsky, G. (2000). La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo posmoderno. Barcelona: Anagrama
 - Margulis, M. & Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre Cultura y Juventud. Buenos Aires: Biblos.
 - Merlino, A. (2009). *Investigación cualitativa en ciencias sociales*. Buenos Aires: Cengage Learning.
 - Míguez, Hugo (2010). Sobre la subjetividad para el consumo de sustancias psicoactivas. *Revista de Salud Pública*, 14(2), 6-14.
 - Minayo M.C. (2009) La artesanía de la investigación cualitativa. Buenos Aires: Lugar Editorial.
 - Reguillo, R. (2010). Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del Desencanto. Buenos Aires: Norma.
 - Saintout, F. (2013). *Los jóvenes en la Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
 - Sautu, R. (1999). *El método biográfico*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1999.
 - Schwandt T. (1997) Qualitative Inquiry. A Dictionary of Terms. London: Sage Publications.
 - Vasilachis de Gialdino, I. (1992). Métodos Cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina

- Vommaro, P. (2014). “La disputa por lo público en América Latina. Las juventudes en las protestas y en la construcción de lo común”, en *Revista Nueva Sociedad* No 251, junio 2014. pp. 55-69.
- Vommaro, P. (2015). “Movilizaciones juveniles en América Latina actual: hacia las configuraciones generacionales de la política”, en *Revista Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, Vol. 7, N° 11, junio de 2015, ALAS, México. Pp. 25-54.
- Yin R. (1994) *Case Study Research. Design and Methods*. 2º ed. California: Sage Publications.